

| Toni Losantos

Azucarillos

Lo que tiene la sociedad líquida es que todo se disuelve en ella como un azúcarillo. Asistimos al penúltimo avatar del capitalismo, que antes del fin de la historia ya engulló cuanto se le puso delante de la boca. Habrá que hacerse a la idea: vivimos en una licuadora.

Sí, la historia ha ido triturando los valores, siempre lo hizo. Igual que una cantera puede convertirse en gravilla fina, las más sólidas ideas acaban siendo mayonesa. En la química evolutiva, antes de que los procesos de fusión o de evaporación terminen siendo mera sublimación, asistimos en la confusa España al desleimiento de al menos dos azúcarillos.

El primero, muy candente en la sociopolítica patria, tiene que ver con el feminismo, que ha pasado de sufrida causa -noble e ineludible- al manoseo convulso. Algunos -y algunas- lo han confundido con una cuestión legislativa, desviando la responsabilidad hacia papá Estado; otros -y otras- con una versión evolucionada del rol de la mujer florero, tirando de tecnogenia; también los hay -y las hay-, en fin, entregados a la vacuidad de la retórica, que viene a ser el freno de emergencia de cualquier sistema que se siente acosado. Las tres posibilidades son compatibles con las otras dos; en realidad, ninguna de ellas quiere saber nada del desafío histórico.

La misma condescendencia, tan improductiva, tan regresiva, vive el menguante azúcarillo del ruralismo, entendido como la defensa del agujero negro de la España interior, que, transida de blablablá, sigue arrojada a la diabólica sima de la codicia del sistema. Tentativas de legislación donde no hay convicción, audiovisuales de propaganda edulcorada y palabras eufónicas y efímeras.

El atasco rural es denso como la entraña nocturna de los páramos. Cuando salgamos de él no quedará nada que salvar. ¿Salvar he dicho?, ¿o estoy pensando en el agónico 'sálvese quien pueda'? De este Teruel a la deriva sobrevivirán cuatro hitos turísticos -que acabarán muriendo de éxito- y una ristra de paisajes devastados produciendo el brebaje energético que precisan quienes tan pomposamente manosean el dulce nombre de Teruel.

Toni Losantos es profesor de instituto en Teruel

EL MIRADOR DE VERANO | Guillermo Fatás

Goya, Tabuenca y el 'Desastre 37'

Goya, invitado por Palafox tras el primer Sitio de Zaragoza, anduvo luego por varios lugares aragoneses, que han sido identificados por J. A. Pérez Francés

Nadie que lo haya visto habrá olvidado el cuerpo desnudo de un hombre sin brazos empalado en un árbol. Una gruesa rama penetra entre sus nalgas y, aguzada por alguien como un cuchillo, le asoma a la altura de las primeras vértebras dorsales. La cabeza está vuelta hacia el espectador, con la boca abierta y los ojos cerrados. Del cabello erizado, nacen anchas patillas. Goya da una representación cruda y sin afeite de la condición sanguinaria del ser humano. Al fondo, un soldado va a descargar su sable sobre un paisano que lleva un cuchillo. Otro arrastra por los pies a un muerto para infligirle un empalamiento póstumo? Entre la pierna derecha de este y el tronco del árbol macabro, un tercer paisano, tocado con sombrero de ala, se las ve con otro uniformado. Algunos han situado el episodio en Chinchón, donde fue empalado un vecino, de nombre Agustín Moreno, en la calle de la Reina. Pero en la estampita no hay calle, sino campo.

El 23 de noviembre de 1808, tras la victoriosa batalla de Tudela, el mariscal Moncey se dirigió a Zaragoza. Esperando refuerzos, instaló su cuartel general en Alagón, lugar seguro y bien comunicado. Allí organizó su intendencia, encomendada en buena medida a los jinetes polacos del Regimiento 1º del Vístula.

El 12 de diciembre por la noche, el teniente Jakub Wronski con sesenta y tres jinetes, tras requisar alimentos en ruta (Figuieruelas,

Pedrola, Pozuelo y Fuendejalón) decidió por su cuenta llegarse a Tabuenca, donde sin resistencia le entregaron 60 panes, numerosas gallinas y un cerdo. Pero exigió después diez mulas, que los paisanos le negaron: Wronski respondió desaforadamente, los paisanos se defendieron y mataron a veintinueve polacos. Wronski fue herido y murió al poco. Aunque Moncey condenó la acción, contraproducente y no programada (consta su comunicado), decidió dar un escarmiento ejemplar. Lo ejecutó un general, con una columna de dos o tres mil hombres, de noche y en silencio. Atacó al alba, mató a los aragoneses que se habían quedado (treinta y nueve) y quemó unas cuantas casas. El cura del lugar anotó: «Tres horas duró esta triste escena durante las cuales saquearon y quemaron las casas hasta la iglesia misma, donde cometieron los mayores sacrilegios en las Sagradas Formas, derramándolas por el suelo y pisándolas como pérfidos judíos».

Se conoce el nombre de algunos de los muertos: Juan Mancebón, de 87 años; Josefa Pérez Andivela, de 12, junto a sus padres; hubo cinco mujeres más asesinadas. Tras la salvaje represalia, el pánico cundió por la comarca.

El hallazgo de Pérez Francés

La novedad consiste en que José A. Pérez Francés ha averiguado que Goya ilustró estos desmanes en particular. Artillero y gran co-



LOLA GARCÍA

necedor de los asedios napoleónicos de Zaragoza, ha escrito obras premiadas que destacan por su minucioso análisis de hechos y lugares. En la que acaba de aparecer ('Aragón en Los Desastres de la guerra, de Francisco de Goya', IFC, 2025) hace una pasmosa exhibición de conocimientos de las fuentes escritas y gráficas, españolas y extranjeras. Su manejo de los complejos datos, que entrecruza de forma solo accesible a quien los tiene todos presentes, es sorprendente: los ochenta grabados (que Goya no

vio editados), sus dibujos preparatorios, las numeraciones que les asignó y rectificó después, los relatos de testigos de varia clase y nacionalidad, los documentos oficiales, el conocimiento visual de los lugares representados (que el artista no anotó) y de sus detalles topográficos, la identificación de rasgos físicos de los personajes, el anecdótico menudo que permite la individualización de algunos de ellos (frailes, paisanos, grados militares...).

El autor ha identificado el estremecedor cuerpo descuartizado del 'Desastre 37': es el francés Pablo (Paul) Torné, que había hecho de intérprete cuando la requisa de Wronski. Natural de Cadéac, a unos 40 km al norte de Bielsa, vivía en el Barrio Alto de Tabuenca, casado con la lugareña Josefa San Juan. Los franceses lo tuvieron por traidor. Según Pérez Francés, al sangriento episodio de la destrucción de Tabuenca dedicó Goya nueve de sus mundialmente famosos 'Desastres' y un décimo, inédito, cuya prueba compró el Museo de Boston en 1951. Cuatro muestran el alzamiento de la villa y cinco, la represalia feroz de los invasores. No son imaginaciones de Goya.

Y ha identificado el episodio que costó la vida al oficial polaco: yace asistido por unos pocos soldados, uno de los cuales reza, en el 'Desastre 6', cerca de la ermita de Santa Bárbara, junto al barranco de Gascón. Al fondo, el negro perfil del monte Boyón. Es en unas «eras próximas al barranco del Molino, cerca del peirón de San Miguel o de los Santos, a unos quinientos metros del antiguo casco urbano de Tabuenca».

Y hay más: en Santa Fe, Épila, Villafeliche, Juslibol, Daroca, Bujaraloz, San Gregorio y, por supuesto, en Zaragoza. Cuatrocientas páginas cuajadas de ilustraciones para un trabajo insólito y valioso. Por si fuera poco, Pérez Francés ha identificado al propio Goya en diez de los 'Desastres'. Como si dijera 'Yo lo he visto'.

CUENTOS DE DOMINGO

| Antón Castro

El poder de algunas palabras

Diversos profesionales cuentan en la web de este diario un sinfín de historias que explican qué sucede a veces con los lectores. La literatura puede ser una terapia.

Lo real es la mejor certeza de la fantasía. Lorenzo Mediano ha tenido varias existencias en una sola: ha sido médico, monitor de supervivencia, ermitaño en las montañas y ante el espejo de los ibones y un escritor con diversos éxitos: 'La escarcha sobre los hombros', que lleva muchas ediciones en España, en Onagro, y

varias en Francia, o 'El secreto de la diosa'. Hace casi una década publicó una de sus mejores y más emotivas piezas: 'El código Machado' (Onagro), donde plantea las enseñanzas de un profesor a un alumno, desdenoso con el arte, la hondura y la emotividad del poeta sevillano, del que se cumplen 150 años de su nacimiento.

A Lorenzo le ha pasado un poco de todo: desde hace años tiene una covid persistente, que a veces no le deja pensar en nada, salvo en picores y otras incomodidades, pero además ha sufrido una pérdida de memoria. Dice que ya no puede escribir novelas ni crear personajes porque al pasar de página se le olvidan sus nombres y sus circunstancias. Aun así, con un estilo impresionista, ha sido capaz de redactar sus memorias: unas selectivas memorias de más de 600 páginas en las que lleva trabajando y puliendo año y medio. Dice que un escritor necesita buena imaginación y una gran papelera; confiesa que arroja páginas y páginas en ella sin melancolía alguna.

Ya sabemos que la literatura es una terapia invencible contra los dolores del alma sobre todo. Y a él le sucedió algo que jamás qui-

so contar. Firmaba en los porches de Independencia una edición de 'La escarcha sobre los hombros', su gran homenaje al Pirineo, a la nieve y a la memoria, que ahora le traiciona. Apareció una joven y le pidió que le firmase un ejemplar. Le dijo: «Por favor, dedícaselo a mi abuela, que está muy enferma en el hospital». Ni corto ni perezoso, le dijo: «Vayamos a verla al Miguel Servet». Ya sabemos que un autor no deja el puesto por casi nada del mundo. Allí se fueron con su motocicleta. Vio a la señora y le firmó la novela. Ella se lo agradeció de viva voz y con los ojos. El azar, que jamás des cansa, le traería otro regalo y una confirmación dolorosa: la mujer murió poco después. Leyó y releó el libro mientras pudo y luego le pidió a su nieta que le pusiera su voz. Y se fue al viaje sin retorno, así, con sus palabras.